



La formación de personalidades éticas: representaciones de sí y moral*

Luciene R. P. Tognetta e Yves de La Taille

Universidade Estadual de Campinas - Universidade de São Paulo

Resumen

El artículo presenta resultados de una investigación con 75 adolescentes entre 12 a 15 años, estudiantes de colegios privados de la ciudad de Campinas, cuyo principal objetivo fue constatar la posible correspondencia entre los juicios morales y las representaciones que los sujetos tienen de sí mismos. A partir de sentimientos de admiración, la investigación destaca las representaciones de estos sujetos y responde a la pregunta de si tendrían un carácter ético o no y se corresponderían con sus juicios morales. Los resultados apuntan hacia una correspondencia entre aquellos cuyas representaciones de sí se caracterizan por contenidos éticos y juicios más desarrollados, así como por la sensibilidad ante los sentimientos de los personajes que participan en las situaciones descritas. Estos resultados estudios reafirman la intención de este artículo de discutir la correspondencia entre ética (cómo se ve el sujeto) y moral (cómo juzga la moralidad de las situaciones).

Palabras clave:

Ética, virtud, generosidad, emociones,
representaciones del sí mismo

Abstract

[The formation of ethical personalities: self-representations and morality]. The article presents the studies of a current investigation among 75 adolescents from 12 to 15 years old, students of private schools of Campinas city, that have as main objective to notice a possible correspondence among the moral judgements and the representation that individuals have about themselves. From the feeling of admiration the studies bring out the representations of these individuals and answer a questioning if they would have an ethics character or not and if these would correspond to their moral judgements. The results point out to a correspondence among those whose representations of themselves are characterized by more evolved ethics contents and judgements as for sensitivity to the feelings of the characters involved in the situations described. Such studies validate the intention of this article to discuss the correspondences between ethics (how the individual sees himself/herself) and moral (how he/she judges the moral of the situations).

Key words:

Ethics, Virtue, Generosity, Emotions,
Self-representation

* Versión castellana de: Tognetta, L., e La Taille, Y. (2008). A formação de personalidades éticas: representações de si e moral. *Psicologia: Teoria e Pesquisa*, 24 (2), pp.181-188. Traducido con autorización.

Tabla de contenidos

Introducción
Método
Estudio 1
Estudio 2
Estudio 3
Resultados
Estudio 1
Estudio 2
Estudio 3
Discusión

Introducción

La presente investigación se propuso poner a prueba la siguiente hipótesis: ¿Existe una relación entre los valores éticos asociados a las representaciones de si mismo y la calidad de las evaluaciones morales? Ahora bien, antes de presentar nuestro método y nuestros datos, debemos definir los términos empleados en la hipótesis y presentar el marco teórico en el cual se inserta.

Comencemos por los conceptos de “moral” y “ética”. Ambos tienden a ser usados, en la vida cotidiana, como sinónimos, referidos a un conjunto de reglas y principios que configuran deberes. Por ejemplo, cuando se clama por la ética en la política se está exigiendo que los políticos obedezcan reglas como “no robar”, no “mentir”, o “ser justo”. Reglas que perfectamente se podrían calificar como morales. Si el uso del término “ética” es hoy en día más común que el uso del término “moral”, esto seguramente se debe tan sólo a que las referencias al término “ética” suenan más sofisticadas y liberales, mientras que las referencias a la moralidad suenan más autoritarias y “moralistas”. Pero, como bien ha señalado Blondel: “este término (la ética), que viene ganando una importancia cada vez mayor, vino a aliviar la inextricable vergüenza de los que querían hablar de la moral, sin atreverse a pronunciar la palabra” (Blondel, 2000, p.149).

La sinonimia de estos dos conceptos es por tanto perfectamente aceptable. Sin embargo, por convención, es posible darles sentidos diferentes y complementarios. La convención más común es emplear la palabra “moral” para referirse al *hecho*, y la palabra “ética”, para referirse a las *reflexiones* y *estudios* sobre ese hecho: ¿Cuáles son los fundamentos de las normas y valores? ¿Cuál es la historia de los sistemas morales adoptados a lo largo del tiempo? ¿Qué relaciones existen entre las variables sociológicas y los deberes asumidos por los ciudadanos? ¿Cuáles son los procesos psicológicos que rigen la legitimación de las normas, principios y valores morales, etc.?

En nuestro caso, asumiremos otra convención que se puede encontrar en autores como Paul Ricoeur (1990), Williams (1990), Tugendhat (1999) y Comte-Sponville (1999). Esta convención define la moral haciendo referencia a los deberes, y define la ética

haciendo referencia a la “vida buena”. Así que la pregunta moral es “¿cómo debo actuar?” y la pregunta ética es “¿Cuál es la vida que quiero vivir?” Si la primera de estas cuestiones indica, por lo tanto, un sentido de obligación, la segunda apunta al sentido de la vida. Antes de continuar, debemos aclarar los contenidos que vamos a asociar con la moral y la ética. Comencemos por la moral.

En efecto, los deberes morales existentes son diversos. Por ejemplo, es cierto que los terroristas que derribaron las Torres Gemelas en aquel fatídico día 11 de septiembre de 2001, actuaron inspirados por el deber: el de matar a los infieles y enemigos. Sin embargo, las obligaciones asociadas con dicho contenido no son, por supuesto, universales, siendo lo más frecuente legitimar lo contrario, el mandamiento de “no matar”. Para nosotros, los contenidos de la “justicia”, “dignidad” y “generosidad” (el objeto de nuestra investigación) serán los que definan lo moral. En cuanto a la ética, recordando que no todos los proyectos de la “vida buena” merecen ese nombre, asumiremos la definición de Paul Ricoeur: la perspectiva ética es la “perspectiva de una vida buena, para y con otros, en instituciones justas” (Ricoeur, 1990, p. 202). Esta definición de la ética nos permite comprender su amplitud: una vida buena, en términos éticos, es consecuencia de un sentido de la felicidad que contemple al sí mismo y también al otro, objeto de la moral, y se complementa mediante instituciones en los que está presente un sentido moral —la justicia—.

Si empleamos estas definiciones de la moralidad y de la ética, es porque suponemos que las dos dimensiones —el deber y la “vida buena”— se articulan desde un punto de vista psicológico. Es decir, planteamos la hipótesis general de que los deberes morales sólo serán íntimamente legítimos, y por lo tanto inspiraran acciones, en aquellos individuos para quienes tales deberes formen parte de una “vida buena”, es decir, en aquellos que posean una ética, según la define Ricoeur.

Esta hipótesis procura abordar un problema que ha desafiado a la psicología moral: la fuente energética de la acción moral. Como se sabe, la mayor parte de las investigaciones de la psicología moral se han concentrado en la dimensión intelectual de la moralidad. Actualmente, y a partir del trabajo pionero de Piaget (1932), conocemos mucho sobre las características del juicio moral y su desarrollo. Pero conocemos mucho menos acerca de la dimensión afectiva de la moralidad. Está claro que si bien la razón es una condición necesaria para la acción moral (y otras), no es una condición suficiente. La razón, diría Taylor (1998), puede rectificar los sentimientos, pero no puede sustituir a la intuición. De hecho, amar el bien no se traduce en imitar un determinado orden, sino más bien en sentir el impulso de llevarlo a cabo íntegramente. Hay, por tanto, un deseo o un *querer hacer* que nos lleva a actuar moralmente.

Entonces, ¿cuál es la fuente energética de ese “querer” tan singular que es el deber? Para responder esta pregunta, nos ubicaremos en la perspectiva teórica que plantea una relación entre la moral y el “yo” (o *self*).

Esta relación la plantean algunos filósofos, como Taylor (1998), para quien el bien y el “yo” se *interpenetran de forma inextricable*: “nos encontramos en nosotros mismos en la medida que nos ponemos en un determinado ámbito de preguntas, cuando buscamos y encontramos una orientación hacia el bien” (p. 55). Tugendhat (1999) habla de la

pertenencia a una moral; Savater (2002) relaciona la moral y el *amor propio*, y finalmente, tenemos a Ricoeur (1990, 1993) quien procura darle lugar a la autoestima dentro de lo que hemos visto llama la perspectiva ética.

También dentro de la psicología hay referencias a esta relación. Tenemos, por ejemplo, el enfoque de Flanagan (1996), quien plantea la hipótesis de que “los cambios en el concepto de sí mismo y en los ideales intrapersonales implican una gran diferencia en lo que se percibe, en las emociones, en la forma en que nos expresamos y actuamos, y también en la forma en que dirigimos nuestra vida”. Otro ejemplo es el trabajo sobre educación moral de Puig (1996), cuyo libro titulado “Personalidad moral” fue escrito para analizar la relación entre la identidad y las elecciones éticas y morales. Él escribe que “es precisamente en este espacio de identidad donde se buscan formas de vida buena y feliz, donde surgen los nutrientes con los cuales trabaja el *ethos* dialógico, donde aparecen el desacuerdo y la crítica, donde se llevan a cabo las creaciones morales” (Puig, 1996, p. 134). Además hay que mencionar la perspectiva adoptada por Colby y Damon, a la que se refieren como la construcción del sí mismo moral (*moral self*). Para ellos, las personas que actúan moralmente, sobre todo aquellas cuya vida moral es ejemplar, son personas que “unen la moral y el “yo” en mayor proporción que el resto” (Colby, Damon, 1993, p. 151). Blasi (1995) apunta en la misma dirección cuando dice que “en términos puramente conceptuales, parece factible que el mayor nivel de integración moral se alcance cuando la comprensión y los intereses morales forman parte del autoconcepto” (Blasi, 1995, p.232). La Taille (2002), por su parte, conceptualiza al “yo” como el conjunto de representaciones del sí mismo, puntualizando que: tales representaciones son necesariamente valorativas; que cada individuo está naturalmente motivado a verse a sí mismo mediante representaciones positivas; y que cabe hablar de una “personalidad ética” cuando los valores morales ocupan el centro de tales representaciones, por lo cual llevan a las personas a actuar de modo coherente con la moral.

En suma, todos estos enfoques teóricos son coherentes con la hipótesis que guió nuestra investigación, a saber: que existe una relación entre los valores éticos asociados con las representaciones del sí mismo y la calidad de los juicios morales. También son coherentes con la otra formulación que hemos propuesto para esta misma hipótesis: los deberes morales solamente estarán encarnados de un modo profundo y, por lo tanto, inspirarán las acciones de los individuos para los cuales sean parte integrante de una “vida buena”, esto es, para aquellos que tengan una ética, según la definición de Ricoeur (1990), por lo cual tendrán un sentido para la vida que tome en cuenta al sí mismo y al otro.

Hemos visto que la pregunta que inspira la ética es “¿Qué vida quiero yo vivir?”. Y vemos que esta pregunta implica otra, relacionada con el yo, “¿Quién quiero ser?”. De allí que las perspectivas adoptadas por los mencionados autores pueden ser leídas a la luz de los conceptos de moral y ética, tal como se les define en este artículo.

Hasta ahora, que nosotros sepamos, se han llevado a cabo pocas investigaciones para proporcionar apoyo empírico a esta forma de relacionar la moral y la ética, o de articular los valores morales al yo. El estudio citado anteriormente, de Colby y Damon (1993), consistió en entrevistar a personas cuya vida moral resulta ejemplar, para ver hasta qué punto había en ellas un vínculo íntimo entre actuar moralmente y ser ellas mismas.

También hay diversos estudios sobre los sentimientos de vergüenza, sentimientos que inciden sobre el “yo”, y que ponen en evidencia una relación entre la conquista de la autonomía y la capacidad de experimentar una vergüenza moral (aquella que incide sobre los valores morales —ver La Taille, 2002). Nuestro propósito es aportar una investigación empírica al estudio de esta temática.

Ahora vamos a hablar sobre el diseño de esta investigación, que contiene tres estudios (ver Tognetta, 2006). El primero se centra en las representaciones del sí mismo, y por lo tanto sobre una dimensión ética. El segundo analiza los juicios ante situaciones dilemáticas que involucran el tema de la generosidad, y por lo tanto se relacionan con una dimensión moral. Mientras que el tercero consiste en cruzar los datos de los dos primeros a fin de examinar la hipotética relación entre la moralidad y la ética.

Para el primer estudio, optamos por tratar el tema de la *admiración*. En general, le pedimos a nuestros sujetos que dijeran qué es lo que admiran en otras personas y qué creen que otras personas admiran en ellos (ver detalles en la sección de Método). El tema de la admiración se relaciona directamente con las representaciones de sí mismo y privilegia el carácter valorativo de éstas (ver Dias, 2002). De hecho, admirar características personales implica juzgar esas cualidades como muy valiosas. Ciertamente, la palabra admiración se puede utilizar en un sentido algo diferente, como expresión de asombro ante algo inesperado o extraordinario. Pero ése no es el sentido más habitual (de hecho, nuestros sujetos no lo mencionaron), sino el que se refiere a virtudes, morales o no. Admirar a alguien por ser físicamente bello, por cantar bien, son ejemplos de virtudes no morales. Y admirarle por ser justo, honesto, valiente, generoso, etc., son ejemplos de virtudes morales. Ahora bien, lo que queríamos era precisamente comprobar qué tipo de virtudes evocaban nuestros sujetos cuando se les pidió hablar de la admiración. ¿Serían virtudes que podemos considerar como individualistas, en las que no hay inclusión de otros (ser bello, por ejemplo)? ¿Serían virtudes estereotipadas, que se corresponden con los rasgos convencionales del carácter (por ejemplo, la cortesía, la simpatía)? ¿O serían virtudes morales como la justicia o la generosidad? Dicho de otra manera, procuramos saber si los ideales del “yo” sería consistentes con la ética, según la definimos, o ajenos a ella.

Queda por explicar por qué le preguntamos a nuestros sujetos sobre lo que admiran en los demás y lo que los demás admiran en ellos. ¿Por qué no preguntar, tal vez, lo que admiran en sí mismos? Por un lado, consideramos que podría haber cierta inhibición, cierta invasión de la intimidad al hacer una pregunta tan directa. Por otro lado, temimos que por una mezcla de modestia y de vanidad los sujetos nos dieran, más que nada, respuestas estereotipadas. En fin, temimos obtener respuestas poco representativas. Por contraste, al preguntar qué admiraban en los demás supusimos una mayor sinceridad y también un mayor esfuerzo de descentración de parte de nuestros sujetos. Y al preguntar, en seguida, sobre las cualidades suyas que ellos pensaban eran admiradas por otros, supusimos también la misma descentración, un esfuerzo de tomar conciencia de sí mismo a través de los ojos de los demás.

El segundo estudio se centró en los juicios morales respecto a la generosidad. Para este fin, empleamos tres dilemas (véase el texto en la secciones de Método y Resultados) donde optar por *acciones* generosas (que consideran una necesidad ajena) se opuso a:

(1) satisfacer un fuerte deseo personal; (2) una orden contraria por parte de una autoridad; (3) presiones en contra, provenientes del grupo social. Dos historias adicionales se emplearon para determinar si los sujetos se indignaban más ante escenas de falta de generosidad que con pérdidas propias. Nuestra intención era comprobar cuán fuerte es la legitimidad moral de la generosidad respecto a otros valores listados.

El tercer y último estudio se propuso verificar nuestra hipótesis: si esta fuese correcta, sería de esperar que los sujetos que más virtudes morales admiran como características del “yo”, expresan una mayor legitimación de las acciones que implican generosidad. Es decir, que las opciones a favor de acciones morales (moral) se correlacionarían con los valores presentes en las representaciones del sí mismo (perspectiva ética). Claro, no pudimos observar las acciones que nuestros sujetos realizarían efectivamente en el caso de enfrentarse a situaciones como las propuestas. Pero creemos que, indirectamente, obtuvimos indicios de esas elecciones.

Método

Participaron en los tres estudios, 75 estudiantes con edades entre 12 a 15 años de escuelas privadas de la ciudad de Campinas. Niños y niñas de nivel socioeconómico medio-alto escogidos aleatoriamente. La edad de los participantes se eligió de manera que estuviesen iniciando o atravesando la adolescencia, en función de la integración de los valores a la personalidad, que ocurre en esa fase.

A los participantes en esta investigación se les solicitó que respondiesen un cuestionario escrito, dividido en dos partes, referidas a los Estudios 1 y 2.

Estudio 1.

Se hicieron dos preguntas: (1) “¿Qué puede hacer una persona para merecer tu admiración?” (2) “¿Que pueden admirar otras personas de ti?”

Estudio 2.

Se plantearon cinco historias que versan sobre la generosidad, y que resumimos a continuación.

En la primera historia, hay un juego de fuerza entre ser generoso o satisfacer un fuerte deseo personal. Un niño (Pablo), decide no prestarle a otro niño (Michel), un juguete que le gusta y con el cual tiene un gran deseo de jugar. A los sujetos se les pregunta:

¿Crees que Pablo hizo bien? ¿Por qué?

¿Cómo se sintió él actuando de esta manera? ¿Por qué?

En tu opinión, ¿quién crees que se sintió más triste. Michel, que no pudo usar el juguete, o Pablo, por no haberlo prestado?

La segunda historia presenta una contraposición entre ser generoso u obedecer a una autoridad: dos hermanas, Isabel y Ana, excelentes para treparse a los árboles, pero a quienes su padre les ha prohibido hacerlo, escuchan a una tercera niña quien les pide salvar un gato que se encuentra en la copa de un árbol. Ana decide ayudar, pero Isabel decide obedecer a su padre. A los sujetos se les pregunta:

*¿Quién crees que realizó una acción más admirable? ¿Isabel o Ana? ¿Por qué?
¿Quién se sentía más triste: Ana, que desobedeció a su padre y que agarró el gato, o Isabel, quien se negó a agarrar el gato para obedecer a su padre? ¿Por qué?*

La tercera historia opone la obediencia a rehusarse a cometer un acto de humillación. Un niño (Juan) obedece al jefe de su grupo que le ordenó humillar a un compañero (David), so pena de ser expulsado del grupo en caso de que se negara. Juan, entonces, insulta a David. A los sujetos se les pregunta:

*¿Actuó bien Juan? ¿Por qué?
¿Cómo crees que se sintió Juan al actuar de esa manera? ¿Por qué?
¿Quién crees que se sintió peor: David, el niño a quien Juan humilló o el propio Juan? ¿Por qué?*

La cuarta historia, que retoma la anterior, plantea el tema de la fuerza de los sentimientos. ¿Qué le provocaría más rabia a Antonio: haber perdido algo que le gustaba mucho o haber presenciado la humillación de David? A los sujetos se les pregunta:

¿Qué le provocaría más rabia a Antonio? ¿Haber perdido, en una apuesta, algo que le gustaba mucho, o ver al niño siendo humillado por Juan? ¿Por qué?

La quinta historia también se refiere a la humillación. ¿Qué le provocaría más rabia a Pedro: la pérdida de un concurso o saber que un compañero fue golpeado por su padre? A los sujetos se les pregunta:

¿Qué le provocaría más rabia a Pedro? ¿No haberse ganado una bicicleta nueva en un concurso o enterarse que un amigo suyo está herido porque su padre lo golpeó? ¿Por qué?

Estudio 3.

El estudio tres consistió en el cruce de los datos de los dos primeros estudios con el fin de comprobar la hipótesis central de este artículo: ¿existirá una correspondencia entre las imágenes que los sujetos tienen de sí mismos y sus juicios de generosidad? Con tal fin, empleamos las siguientes pruebas estadísticas: la prueba exacta de Fisher, chi-cuadrada, la prueba de Stuart-Maxwell y el Análisis de Correspondencias Múltiples.

RESULTADOS

Estudio 1.

Comenzaremos mencionando las categorías que empleamos para clasificar las respuestas. Ubicamos en la Categoría AE¹ las respuestas individualistas (no se incluye a otros, ni hay referencias a la moral o al carácter). Ejemplo en cuanto a lo que se admira en otros: *“esa persona logra que lo que produjo llame la atención de otro, es decir, hizo algo muy bonito y elaborado para que todos disfruten y admiren lo que hizo”*. Ejemplo en cuanto a lo que le admiran: *“Yo soy de muy buen humor, soy muy optimista. En la escuela, soy un arquero muy bueno, los profesores están sorprendidos con mi ‘experiencia’”*.

Ubicamos dentro de la Categoría BE a aquellas respuestas que calificamos como estereotipadas. Se distinguen de las respuestas de la Categoría A por hacer referencia a rasgos de carácter, sin embargo, lo hacen mediante distinciones muy estereotipadas que no reflejan un carácter verdaderamente ético. Ejemplo en cuanto a lo que se admira en otros: *“cuando una persona consiguió una cosa con la que ella siempre había soñado, porque luchó por ello”*. Ejemplo en cuanto a lo que le admiran: *“Creo que soy un buen tipo, buen mozo, pero muy nervioso, me gusta ser agradable y amable”*. Y también: *“a mi manera cariñosa y divertida. Yo doy mi bella sonrisa”*.

Y ubicamos en la categoría CE aquellas respuestas referidas a las virtudes morales que indican una personalidad ética. Estas respuestas evidencian una mirada atenta de nuestros interlocutores a valores como la solidaridad, la honestidad, la fidelidad, la justicia. Ejemplo en cuanto a lo que se admira en otros: *“yo admiro cuando una persona dice la verdad, es sincera, trata de superar sus dificultades, asume que lo que hace y, a veces, admite que se equivocó. Admiro eso, pues esas son las cualidades que una persona puede tener y esas personas ser buenas”*. Ejemplo en cuanto a lo que le admiran: *“las acciones que yo tengo, que la gente pueda admirar es respetar a todos, sin importar las diferencias; ayudar, cuando es posible a un amigo, un pariente que esté pasando por alguna dificultad que se le presentó”*.

Aclarado esto, veamos los datos, comenzando por la frecuencia de las tres categorías en cuanto a lo que se admira en los demás. Tal como puede observarse en la Tabla 1, poco más de la mitad de nuestros sujetos presentó en sus respuestas un contenido ético. Apenas una pequeña proporción, el 16%, reflejó cierto individualismo en sus respuestas.

Tabla 1		
Admiración en los otros: Cantidad de respuestas		
Categoría	Frecuencia	Porcentaje
AE	12	16,0
BE	24	32,0
CE	39	52,0

¹ Las categorías A, B y C del primer estudio van seguidas de la letra E, puesto que se refieren a la ética.

En la Tabla 2 se presentan los datos correspondientes a las respuestas de nuestros sujetos en cuanto a lo que otras personas pueden admirar en ellos. Tal como allí se puede comprobar, las cifras encontradas son semejantes a la del caso anterior. Volveremos sobre estos datos en la discusión general.

Categoría	Frecuencia	Porcentaje
AE	12	16,0
BE	28	37,3
CE	35	46,7

A la luz de estos datos nos planteamos una pregunta crucial: ¿Se puede encontrar una “conservación de valores” entre los aspectos admirados que componen las imágenes de sí y las acciones admiradas en los demás? Nuestra idea fue verificar si los participantes en nuestra investigación recibirían o no la misma clasificación de sus respuestas dentro de las categorías AE, BE y CE, en las dos preguntas acerca de la admiración. Para ello, agrupamos esas respuestas con el fin de examinar el mantenimiento de las respuestas en las categorías descritas. Esta acción nos permitió encontrar una mejor traducción de los sistemas identificatorios que conforman lo que llamamos las imágenes del sí. Para determinar si el establecimiento de “respuestas que se conservan” permitiría responder a esta demanda y si esta sería un buen instrumento a ser usado aplicamos una prueba estadística —la prueba Stuart-Maxwell que nos permitió afirmar tal proposición. Esta prueba compara la distribución de respuestas a las dos preguntas y arrojó un nivel de significación (p-valor) de 0,6564. En la Tabla 3 pueden apreciarse las cantidades de respuestas conservadas en torno a la admiración. Según se observa allí, hay una frecuencia creciente de sujetos que conservan la misma categoría para las dos preguntas sobre la admiración: nótese que los sujetos de la Categoría CE, cuya admiración tiene un carácter ético, son los más numerosos. En breve discutiremos este punto. En la tabla también se puede observar que tan sólo un tercio de las respuestas no se conservan (Categoría NC), o lo que es lo mismo, que hay un apreciable porcentaje de conservación.

Categorías	Frecuencia	Porcentaje
AE	10	13,3
BE	16	21,3
CE	27	36,0
NC	22	29,3
<i>p-valor = 0,6564 (prueba de Stuart-Maxwell)</i>		

Estudio 2.

Las respuestas a las preguntas realizadas en cada dilema respecto al deber y los sentimientos de los personajes en los dilemas 1, 2 y 3 fueron clasificados pensando en una evolución que pudiera revelarse desde la ausencia de generosidad (Categoría AM¹) hasta la

¹ Las categorías A, B, C y D del segundo estudio van seguidas de una M, puesto que se refieren a la moral.

consideración de esa virtud, por parte de los sujetos, como una disposición necesaria (categoría DM). Del mismo modo, al tratar con las respuestas sobre cómo se sintieron los personajes involucrados, nos planteamos categorías que revelan el hecho de no ser sensible a los sentimientos de los personajes (categoría AM), hasta otras en las que los sentimientos de los implicados se corresponden con sentimientos morales como el arrepentimiento, la vergüenza y culpa (categoría DM). En cuanto a las respuestas a los dilemas 5 y 6, estas también se distribuyeron en las categorías desde la AM hasta la DM. En ese sentido hubo otras categorías, intermedias, BM y CM, pero no obstante, optamos por trabajar con los extremos, en vista de que nuestro interés era contrastar las respuestas que no apuntaban hacia la generosidad con aquellas que apuntaban claramente hacia esa virtud.

Dejaremos de presentar los resultados parciales obtenidos en la discusión de cada pregunta para cada uno de los cinco dilemas, a fin de no extendernos demasiado, ya que por ahora nuestra prioridad fue

poner a prueba la hipótesis sobre una correlación entre la ética y la moral. También pudimos encontrar algunos resultados interesantes al considerar las categorías intermedias, pero que no se relacionan con el propósito central del presente artículo.

Para el análisis aquí considerado, en la Tabla 4 se muestran los porcentajes de respuestas, por categorías, a la primera pregunta de cada dilema sobre la necesidad o no de ser generosos.

Tabla 4 Porcentaje de respuestas en las categorías AM – DM. Perspectiva deontológica.			
Dilema	Pregunta	Categoría AM	Categoría DM
1	1	10,7	65,3
2	1	17,3	70,7
3	1	2,7	57,3

Según se puede observar en la Tabla 4, en cuanto a la perspectiva deontológica, o en otras palabras, cuando preguntábamos si el personaje no generoso de los diferentes dilemas actuó bien, la mayoría de las

respuestas se ubicó en la categoría DM. Pero tal como se puede observar en la Tabla 5, cuando se trata de la atribución de sentimientos, o lo que es lo mismo, cuando nuestros sujetos podían mostrarse sensibles o no ante los sentimientos de los personajes, no encontramos la misma tendencia. Más adelante volveremos sobre estos resultados. Por ahora, nótese que los porcentajes de respuestas en las cuales los participantes son sensibles a los sentimientos de los personajes, no difieren mucho entre un extremo y otro.

Tabla 5 Porcentaje de respuestas en las categorías AM – DM. Perspectiva afectiva.			
Dilema	Pregunta	Categoría AM	Categoría DM
1	2	38,7	37,3
1	3	45,3	32,0
2	2	13,3	50,7
3	2	13,3	25,3
3	3	40,0	36,0

Estudio 3.

Para indagar entonces si existe una correspondencia entre la Ética y la Moral, tal cual las definimos aquí, hicimos un cruce de las respuestas de conservación en el primer estudio (ética) y las respuestas a los dilemas de generosidad del segundo estudio (moral).

Procuramos encontrar las evidencias de asociación entre cada pregunta para cada uno de los dilemas y las respuestas sobre la admiración que fueron dadas por los sujetos, y para demostrar esta correspondencia, aplicamos la prueba exacta de Fisher a cada una de estas asociaciones.

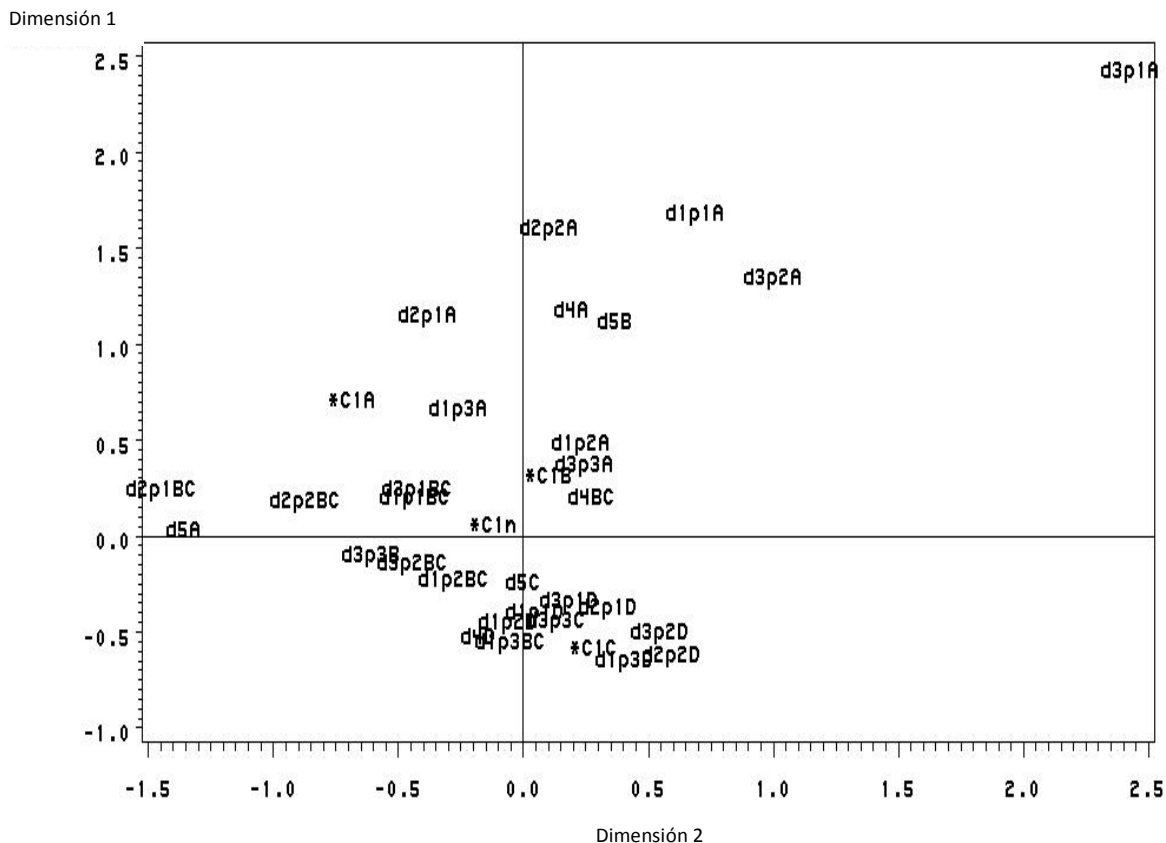
¿Podríamos encontrar, entre los sujetos cuyas respuestas libres sobre lo que admiran fueron clasificadas en la Categoría A (contenidos individualistas), más respuestas a la discusión de dilemas en las categorías menos desarrolladas de la moral? Según esta misma perspectiva, ¿dónde estarían las respuestas más avanzadas en términos de su contenido moral y en cuanto a los dilemas? ¿habrán sido dadas por los sujetos cuyas imágenes de sí mismos tienen un carácter ético?

Las respuestas fueron afirmativas, en general. Pero vimos que hay algunas diferencias cuando analizamos las correspondencias entre las respuestas que se refieren a la generosidad como un deber y aquellas que traducen los sentimientos manifestados en situaciones en las que esta virtud está ausente. Con la aplicación de la prueba exacta de Fisher encontramos evidencia de una asociación entre moral y ética en algunas respuestas y no en otras. Más específicamente, en tres preguntas acerca de los sentimientos (pregunta 3 del dilema 1, $p = 0,0475$; pregunta 2 del dilema 2, $p = 0,0032$; y pregunta 3 del dilema 3, $p = 0,0512$) quedó en evidencia que los sujetos individualistas tienden a ser menos atentos a los sentimientos de los personajes, ante la ausencia de generosidad, al contrario de lo que sucede con los sujetos éticos. En cuanto a las respuestas relativas al deber, apenas en una de las preguntas, la pregunta 1 del dilema 2, $p = 0,0454$, se comprobó una correspondencia entre la ética y la moral, indicativa de que los sujetos individualistas también podían juzgar la generosidad como una necesidad.

Al indagar si efectivamente existían diferencias significativas en la cantidad de respuestas dadas por estos sujetos, nos surgió otra pregunta: ¿Si se juntaran las respuestas de todos los dilemas (1-5), podríamos encontrar las mismas correspondencias? Responder a esta pregunta se nos hizo posible mediante la aplicación del Análisis de Correspondencias Múltiples. Éste tiene como objetivo identificar patrones de respuestas en cada grupo (en nuestro caso, en cada categoría de respuestas) y, a partir del mapa trazado, identificar, por ejemplo, si las respuestas de las categorías más evolucionadas, como la categoría DM de nuestros problemas, estarían integradas en lo que se denomina “grupo de interés”, en nuestro caso, los sujetos cuyas imágenes de sí se refieren al carácter ético, CE. En la Figura 1 se presenta el gráfico de las correspondencias analizadas. Mientras que en la Figura 2 se presenta de nuevo, extendida, para facilitar su evaluación, el área central del mismo mapa, donde se aglomera buen número de las unidades de análisis. Teniendo en cuenta las dos primeras dimensiones de análisis de los datos en el plano, tenemos un 82,7% de la varianza total explicada.

Figura 1

Mapa de análisis de correspondencias múltiples, utilizando como variable adicional la conservación



Aquí son necesarias algunas explicaciones para interpretar el mapa. En éste se integraron todas las respuestas a cada una de las preguntas para cada dilema. La codificación empleada para distinguirlas, se ilustra a continuación:

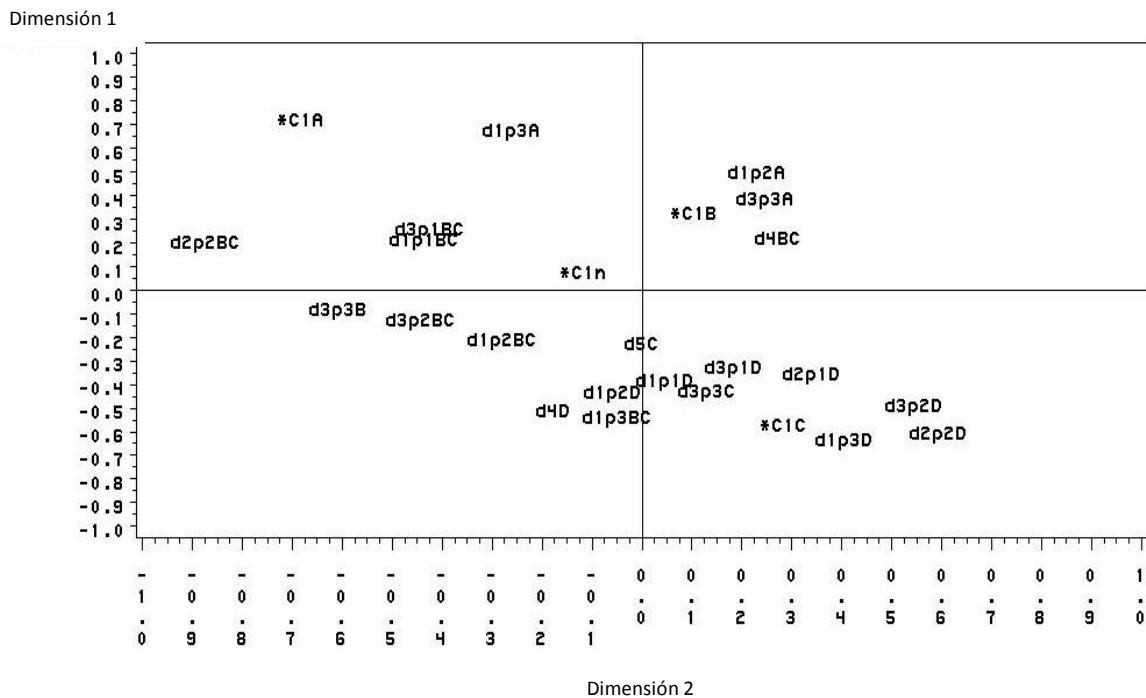
- D1p1A - Dilema 1, pregunta 1, categoría A.
- D1p1BC - Dilema 1, pregunta 1, categorías B y C agregadas.
- D1p1D - Dilema 1, pregunta 1, categoría D.

Como se recordará, el dilema 1 era el dilema de Pablo y Michel, que plantea el actuar o no generosamente, prestándole un juguete nuevo a la otra persona. La pregunta 1 se refería al juicio de si se había actuado bien o mal. Para tal pregunta obtuvimos la categoría A, que fue considerada por nosotros como menos avanzada en términos de contenidos morales, puesto que se negaba a actuar generosamente; en la categoría D se englobaron las respuestas que consideraban necesario actuar generosamente, y en las categorías B y C las repuestas consideradas intermedias entre aquellas.

Así sucesivamente, se codificaron todas las respuestas, por dilema, pregunta y categoría, superponiéndose todo ello en el mapa en cuestión. En el mapa, además, encontramos las siglas C1A para la conservación de respuestas de admiración a contenidos

individualistas; C1B para la conservación de respuestas de admiración a contenidos de carácter moral, aunque exhiban estereotipos sociales; C1C para la conservación de las respuestas de admiración a contenidos de carácter ético; y, finalmente, C1N para las respuestas donde no hubo conservación del valor, es decir, que no se ubicaron en la misma categoría para las dos formas de admiración, por parte de uno y por parte de los demás. Con base en estas orientaciones, veamos lo encontrado como respuesta a nuestro problema de investigación: ¿habrá correspondencia entre las imágenes de sí y las respuestas a los dilemas morales?

Figura 2
Expansión de la región central del mapa de correspondencias



Como se puede observar, las categorías más evolucionadas (que anteriormente llamamos DM) de los dilemas 1, 2, y 3 (representados en el mapa como D1p2D y D1p3D, D2p2D, D3p2D y D3p3D) a las preguntas que se referían a “ser sensible” a los sentimientos de los personajes, y de los dilemas 1 y 2 (D1p1D y D2p1D en el mapa) que llevarían a pensar la generosidad como una necesidad, están próximas a las respuestas de aquellos que conservan la admiración a contenidos éticos (C1C en el mapa). Al mismo tiempo, las categorías menos evolucionadas (que antes llamamos AM) de los dilemas 1 y 2 (D1p2A y D1p3A y D2p2A en el mapa) a las preguntas que trataban de los sentimientos de los personajes y la categoría intermedia (representada en el mapa como D4p1BC —anteriormente llamada BCM) del dilema 4, están próximas a las respuestas de aquellos que mantienen la admiración por los contenidos estereotipados (representados en el mapa como C1B). Así como a las categorías menos evolucionadas (AM) del dilema 2 (D2p1A en el mapa) sobre la necesidad de la acción generosa, y del dilema 1 (D1p2A en el mapa)

sobre los sentimientos de los involucrados, están próximas a aquellas cuya admiración evidencia contenidos individualistas (C1A en el mapa).

Discusión

Nuestros dos primeros estudios tuvieron como objetivo proporcionar los datos necesarios para demostrar nuestra hipótesis. Sin embargo, sus resultados también parecen ser importantes para la psicología moral.

En el primer estudio, nuestra muestra sobre lo que los adolescentes de 12 a 15 años admiran puede servir de aliento a quienes habitualmente se refieren a los jóvenes de hoy como una generación sin valores. Pues estos adolescentes conciben los contenidos ético como admirables. Por supuesto, esta constatación no soslaya el hecho de que hay otros valores presentes en la generación actual que se apartan de la ética. Sin embargo, nuestros datos revelan una visión optimista de que es posible que los jóvenes integran las virtudes morales en lo que admiran, a pesar del bombardeo de antivalores virtudes en su formación actual. En una investigación anterior (ver Harcktot y La Taille, 2006) encontramos datos similares cuando se interrogó a cinco mil personas jóvenes de la ciudad de Sao Paulo: la moral (59%) sigue siendo el tema más importante para la sociedad, entre otros como la política (10,7%), la religión (10,2%), la ciencia (15,3%) y el arte (4,7%).

Hay también otro dato importante en este estudio. Si nos fijamos en la conservación de las respuestas a ambas formas de la admiración, podríamos preguntarnos: ¿Entre cuales sujetos es mayor tal conservación? Es interesante que la respuesta a esa pregunta nos remite a Piaget, cuando reiteraba que la moral consistía en la conservación de los valores. Aquí verificamos justamente que aquellos que admiran a los contenidos éticos son los que se mantienen atentos a tales valores.

De modo que ese primer estudio fue capaz de poner de manifiesto una posible perspectiva ética en las representaciones de sí mismos, pero aún no logró nuestro principal objetivo. Después de todo, ¿existirá una correspondencia entre esa perspectiva ética en las representaciones del sí mismo y contenidos de naturaleza moral en los juicios sobre situaciones que involucran a la generosidad? Así que para responder a esta interesante pregunta fue preciso realizar un segundo estudio, en el que se pudiesen constatar los juicios de nuestros sujetos frente a un contenido moral.

Los resultados de nuestro segundo estudio pudieron comprobar una diferencia en términos de juzgar la necesidad de un acto generoso y ser sensible a los sentimientos de los involucrados. Hemos visto que ese primer punto de vista fue adoptado con frecuencia por nuestros participantes, pero no fue lo que ocurrió cuando se trataba de dilucidar sentimientos morales como el honor, la vergüenza, arrepentimiento o culpa ante la ausencia de generosidad. La explicación de este hecho tal vez se puede encontrar en la oposición entre heteronomía y autonomía. La heteronomía, es decir, la reproducción verbal de los contenidos morales que se escuchan a las autoridades o simplemente considerados como socialmente aceptables, permite entender la mayor frecuencia de los discursos que legitiman a la generosidad más que a la perspectiva individualista. Incluso en el Dilema 2,

que opone la orden de un padre contra la posibilidad de una acción generosa, el hecho de que esta opción sea la más señalada no contradice nuestra explicación, pues los sujetos adolescentes suelen haber superado la obediencia a la figura de la autoridad parental (Piaget, 1932/1994). Pero esto no quiere decir que no admiren a otras figuras de autoridad, como las del grupo, por ejemplo. En compensación, la atribución de sentimientos depende menos de la fuerza de la coacción de las figuras de autoridad, que de los juicios autónomos, como lo demuestran las investigaciones de Arsenio y Lover (1996), de Nunner-Winkler y Sodian (1988), de Lourenço (1997) y La Taille (2006). De hecho, las investigaciones sobre lo que se ha dado en llamar los “felices victimarios” (*happy victimiser*) mostraron que los niños que razonan a nivel preoperatorio les atribuyen sentimientos positivos a los agresores, aunque condenan moralmente sus acciones. Luego, no necesariamente hay una correspondencia entre los juicios morales y la atribución moral de sentimientos, ocurriendo que tal correspondencia tiende a ser más importante entre individuos autónomos.

Los resultados del Estudio 3, por su parte, tienden a mostrar que tomar en cuenta los sentimientos ajenos no es una capacidad de quienes juzgan a la generosidad como correcta, pero sí de aquellos que parecen haber asimilado una perspectiva ética a sus identidades, es decir, aquellos para quienes la “vida buena” incluye virtudes morales. Ya decía Piaget (1932/1994) que la autonomía implica una inversión de la propia personalidad en la moral y, recíprocamente, enraizar la moral en esta identidad. Nuestros resultados abonan la verosimilitud de esta hipótesis.

Pudimos, en efecto, constatar cuya admiración se refería a contenidos individualistas, cuando tratamos de evidenciar los sentimientos morales, en los tres dilemas, la categoría AM (inferior) obtuvo siempre un porcentaje más alto que la categoría DM (superior) en la que tales esos sentimientos se esclarecen. Aquellos cuya admiración se ubica aún en la categoría BE, por los estereotipos sociales, oscilaron entre mostrarse nada sensibles varió sensible a los sentimientos ante la ausencia de generosidad, y mostrarse conmovidos por la vergüenza, la indignación o el arrepentimiento.

Sin embargo, fue entre aquellos cuya perspectiva es ética que nos encontramos con los mayores porcentajes en la categoría DM (volvamos a los resultados del análisis de correspondencias): estos siempre eran sensibles a los sentimientos de los personajes y presentaban los sentimientos morales ya mencionados. Como vimos, a la hora de constatar la necesidad de un acto generoso, nuestros sujetos se mostraron igualmente dispuestos, ya sea que admiraran los contenidos individualistas (AE), los estereotipados (BE) o los éticos (CE). Sin embargo, mucho más que juzgar por la necesidad o por el deber, aquellos a cuya personalidad le podemos agregar el adjetivo *ética*, se muestran mucho más propensos a reconocer los sentimientos involucrados en el acto generoso.

Para finalizar, volvamos a la hipótesis general que inspiró el presente estudio: los deberes morales solamente estarán íntimamente legitimados y, por lo tanto, inspirarán las acciones de los individuos para quienes esos deberes forman parte de una “vida buena”, esto es, para aquellos que posean una ética, según la define Ricoeur (1990). Si atendemos tan sólo a los juicios morales, tal hipótesis no se confirmó: los actos generosos fueron considerados correctos tanto por los sujetos que interpretan la “vida buena” y la identidad mediante virtudes morales, como por lo que lo hacen mediante otro tipo de virtudes. En

cambio, la hipótesis resulta correcta si atendemos a lo relacionado con la atribución de sentimientos, atribución que según vimos es característica de la autonomía. Parece, pues, *realmente haber una relación entre moral y ética*, un hecho que creemos es relevante para las investigaciones de la psicología moral y para las perspectivas de la educación moral y la formación ética. Pero, naturalmente, se necesitan más investigaciones para profundizar en las características de esta relación que articula a la “vida buena” y al “deber”.

Referencias

- Arsenio, W. & Lover, A. (1996). Children's conceptions of sociomoral affect: happy victimizers, mixed emotions, and other expectancies. In Killer, M. & Hart, D. (Orgs). *Morality in everyday life* (pp.87-128). Cambridge: Cambridge University Press.
- Blasi, A. (1995). Moral understanding and the moral personality: the process of moral integration. In: W. M. Kurtines & J. L. Gewirtz (Orgs). *Moral development: an introduction* (pp. 229-254). London, Allyn and Bacon.
- Blondel, E. (2000). *Le problème moral*, Paris: PUF.
- Colby, A. & Damon, W. (1993). The uniting of self and morality in the development of extraordinary moral commitment. In: Noam, G. C.; Wren, E. (org). *The Moral Self* (pp. 149-174). Cambridge, The MIT Press.
- Comtte-Sponville, A. (1999). *Pequeno tratado das grandes virtudes*. São Paulo: Martins Fontes.
- Dias, A. C. F. (2002) *Estudo psicológico sobre o lugar das virtudes no universo moral aos 7 anos de idade: as crianças da 1a. Série discutem coragem e generosidade*. Dissertação de Mestrado. Instituto de Psicologia, São Paulo: Universidade de São Paulo.
- Flanagan, O. (1996). *Psychologie morale et éthique*. Paris: PUF.
- Harckot-de-la Taille, E. & La Taille, Y. (2006). Valores dos jovens de São Paulo. Em: La Taille, Y. *Moral e Ética: dimensões intelectuais e afetivas*. Porto Alegre: Artmed.
- La Taille, Y. (2002). *Vergonha: a ferida moral*. São Paulo: Ed. Vozes.
- La Taille, Y. (2006). A importância da generosidade no início da gênese da moralidade na criança. *Psicologia: reflexão e crítica*. Porto Alegre: UFRGS, v.19, n.01, 09-17.
- Lourenço, O. (1997). Children's attribution of moral emotions to victimizers: some data, doubts and suggestions. *British Journal on Development Psychology*, 15, 425-438
- Nunner-Winkler, G. & Sodian, B. (1988). Children's understanding of moral emotions. *Child Development*, 59, 1323-1338.
- Piaget, J. (1932/1994). *O juízo moral na criança*. São Paulo: Summus Editorial.

- Puig, J. M. (1996). *A construção da personalidade moral*. São Paulo: Editora Ática.
- Ricoeur, P. (1990). *Soi-même comme un autre*. Paris: Éditions du Seuil.
- Ricoeur, P. (1993). Le "soi" digne d'estime et de respect. Audard, C. (Org.). *Le respect. De l'estime à la déférence: une question de limite*. Saint Armand: Éditions Autrement, série Morales.
- Savater, F. (2002). *Ética para meu filho*. São Paulo: Martins Fontes.
- Taylor, C. (1998). *Les sources du moi*. Paris: Éditions du Seuil.
- Tognetta, L. R. P. (2006). *Sentimentos e virtudes: um estudo sobre a generosidade ligada às representações de si*. Tese de doutorado. São Paulo: Instituto de Psicologia, Universidade de São Paulo.
- Tugendhat, E. (1999). *Lições sobre ética*. Petrópolis: Vozes.
- Williams, B. (1990). *L'Éthique et les limites de la philosophie*. Paris: Gallimard.

Traducción de Jean Asanza